

Crisis general

Insoportable levedad de nuestros intelectuales

(Viene de la página 7)

de criterios y juicios debatidos públicamente.

Esta actitud intelectual huele a museo. Porque en ella, un torturado de izquierda no equivale a un torturado de derecha. Porque si se le cree a Luis Corvalán, se encuentra "sospechoso", casi indigno, que un hombre como Valladares, cuente sus experiencias en las cárceles de Fidel Castro. Porque, frente a los dramas e injusticias que viven nuestros países, muchos de esos intelectuales piensan que podemos pagarnos el lujo de una guerra civil. Porque si denuncian, con razón, la conducta de los militares, olvidan condenar los saqueos y asesinatos perpetrados por las guerrillas.

En el fondo, nuestros intelectuales no han explicado cuál es su ética ¿Cuál su moral? Y en qué basan esa autoridad, a partir de la cual pretenden hablarle a la sociedad.

Ignorar el totalitarismo de izquierda les facilita su tarea. Así no tienen que pensar la democracia. Ni reflexionar



Alain Finkielkraut

sobre los mecanismos que nos permitan ponerla en práctica con pan, educación, salud y justicia social. Así pueden atacar, sin haber leído, al más lúcido entre ellos en este momento: Octavio Paz.

Los países de América Latina necesitan intelectuales de otro tipo si no quieren hundirse hasta lo irremediable en sus dramas. Intelectuales capaces de dudar. De cuestionar y afinar, cada día, sus referencias. De no ser incondicionales. De crear su propio espacio. Intelectuales convencidos de que la democracia se defiende en torno de una certidumbre: que la barbarie de izquierda o de derecha tiene la misma cara. Y que nuestros países necesitan armarse de criterios si quieren entrar lúcidamente en el siglo XXI ■

Bancarrotas ideológicas

La miseria del intelectual

(Viene de la página 5)

miento y la vida del espíritu conviven bajo el mismo vocablo. Gozan del mismo estatuto. ¿Para qué darle un sentido a la cultura si la frontera con las actividades de diversión se ha borrado? ¿Cuál es, en ese caso, la diferencia entre la vida cotidiana y la vida con pensamiento? Y si pensar deja de ser un valor, ¿para qué el intelectual?

En realidad, los dos filósofos se rebelan contra la cultura de masa. Por lo que consideran que esa democratización no se ha realizado. Por el contrario. Las cadenas de televisión, por ejemplo, se pelean los animadores. Uno de ellos pasó de una cadena a otra con un salario anual de 400 millones de pesos. Los programas culturales entre tanto disminuyen. Y las películas son interrumpidas por comerciales. Esa lucha por la sintonía alrededor de programas de diversión, ha desplazado sensiblemente a los intelectuales. Ya no son protagonistas. Sus voces encuentran cada vez más dificultades para llegar a la sociedad. Según Alain Finkielkraut el problema es más grave. El espacio público de reflexión ha sido destruido. Para los intelectuales. Y para la sociedad. Porque los intelectuales no tienen el monopolio del pensamiento.

Finkielkraut es pesimista. El título de su libro "La derrota del pensamiento", no deja dudas.

Repliegue

Henry Levy hace el mismo diagnóstico. Pero con otros responsables: los intelectuales. Según él, ya no son los que fueron. Están en crisis. No es la primera vez. Han conocido épocas negras. Y llevado a cabo luchas dramáticas desde cuando Zola intervino en "affaire Dreyfus". Nunca, sin embargo, habían tenido, escribe el filósofo, tal sentimiento de irrealidad. De indiferencia. Ningún poder los ataca. La sociedad los ignora. Y se han reducido a elogiar entre ellos. En "Elogio de los intelectuales", Henry Levy analiza esta crisis velada en la que se debaten los pensadores franceses. Para él no hay dudas: "contra luchar a los "nuevos filósofos" ver con "la pesadilla totalitaria", los otros intelectuales dedujeron que había que incriminar todas las ideologías y atacar, por igual, a todos los poderes. ¿Resultados? El pensamiento se repliegó y la reflexión se empobreció. Surgieron discursos simples, obsesivos, superfusos. Los pensadores, por su lado, para no equivocarse, prefirieron no pensar. O no hacerlo públicamente.

El encuentro de Sartre con Aron con el presidente Giscard D'Estaing agravó, dice el filósofo, esa situación. La causa era obviamente justa: había que salvar a esos miles de refugiados del sudeste asiático que hasta en canoas, escapaban al sistema comunista. Pero los intelectuales dieron al encuentro un sentido que no tenía. Sacralizaron un modelo teórico que Levy llama el "Sartron". Un pensamiento uniforme, unánime... la religión del consenso.

Por eso, escribe Levy, no formulamos pensamientos nuevos sobre las desgracias del mundo y sobre los problemas que se planteaban a la sociedad francesa: por miedo a romper el consenso. El "Sartron" jugó, pues, contra el pensamiento. Decretando la muerte